

# NEVANDO EN LA GUINEA

Revista Literaria Digital Trimestral

Tema Gráfico: número dedicado a la diversidad racial y sexual.

AÑO 7. JULIO-SEPTIEMBRE DE 2026

N.º 33



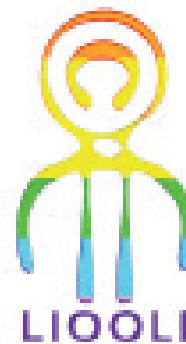
[www.capplannetta.blogspot.com](http://www.capplannetta.blogspot.com)

LIOLILI

Lioli Mixturas

[www.liolimixturas.wordpress.com](http://www.liolimixturas.wordpress.com)

[www.cuadernodebidaxune.blogspot.com](http://www.cuadernodebidaxune.blogspot.com)



N.º 33. Año 8  
JULIO-SEPTIEMBRE DE 2026

CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

maquetadores.org

ILUSTRACIONES


Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.



# EDITORIAL XXXIII



Que la Historia de la humanidad está repleta de injusticias y barbaridades es algo que, a estas alturas, a nadie se le escapa. Son además las mismas que siguen produciéndose en el presente, en este mismo instante. Resulta insoportable convivir con las lacras del mundo, saber que ni siquiera el pensamiento, el arte, la cultura, la filosofía, la ciencia, el debate o cualquier expresión humana han permitido cambiar tanto desorden.

Uno de las barbaridades ha sido la opresión de los pueblos, de cualquier forma. Muchos los han sufrido. Pensamos en la de los gitanos, tan presentes en tantos países sin que en ninguno se haya reconocido siquiera sus variantes lingüísticas, tampoco en España que se esforzó en los últimos cincuenta años en el reconocimiento de su pluralidad lingüística y cultural.

Se creyó durante mucho tiempo que los gitanos eran procedentes de Egipto, pero en realidad lo son del noroeste de la India. Se creía que en su diáspora unos eligieron ir por Europa y otros pensaron en llegar por África. Se impuso la leyenda y de ahí su nombre, gitanos, porque vinieron de Egipto. Es fundamental la perseverancia de la etnia, el orgullo de una pertenencia a un pueblo altivo por su libertad, por esa trashumanancia en sus carromatos desde mucho antes del medioevo. Julio Caro Baroja contaba que su tío, Ricardo Baroja, vio caravanas de gitanos que llegaban al País Vasco y se creía que eran húngaros, ya que llevaban osos amaestrados y vestían atuendos coloridos con cascabeles en los tobillos.

Los gitanos han dejado de ser nómadas desde hace poco, y es en Andalucía donde ser gitano es algo más

profundo que provenir de los árabes. Es algo más honroso que provenir de los judíos, incluso que descender de los visigodos, de los fenicios o de los celtas.

Introdujeron el flamenco como música que mezcla cantos árabes, lamentos Sefardíes, quejidos gallegos o cantes castellanos. Se sabe que el primer cantaor flamenco provenía de Cádiz, hasta que emigró a Triana, cuna de la Andalucía mozárabe. Este cantaor se le conoce con el apelativo de Planeta. Y se sabe que este hombre gitano tocaba la guitarra y cantaba. Los gitanos andaluces se han hecho sedentarios y algo tendrá que ver la raigambre Andalusí de la que provienen.

Es hora de que los carromatos duerman a través de los siglos. Es necesario que reivindicemos la raíz ibérica de los diversos pueblos que componen el país y también el sacrificio de los gitanos por encontrar un lugar. Si los vascos son la tradición remota, los gitanos españoles son la libertad de un pueblo injustamente incomprendido. Es necesario hacer justicia si queremos ser la España plural que tanto se predica.

Se dice que el rey gitano Zoltan vio morir en la hoguera a su hija Malipa, castigada por la inquisición por leer la buenaventura. Se dice que en el tercer viaje a las Indias de Cristóbal Colón se llevó a una familia gitana. Es primordial que demos a los gitanos el homenaje a su aporte cultural en todas las facetas como españoles. Todos los 8 de abril conmemoramos el Día del Pueblo Gitano, un día perfecto para recordar que los carromatos se empolven porque los gitanos han encontrado su lugar en la tierra.



# CONTENIDO

<b>RESEÑAS</b> / Juan Gómez Bárcena.....	6
<b>RELATO</b> / Peligro. Juan A. Herdi .....	7
<b>RELATO</b> / Los relojes parados. Roberto M. Ballarín.....	12
<b>POESÍA</b> / Alquimia/Frustación. Pedro de Andrés.....	13
<b>POESÍA</b> / Imposible saber de quién son esas manos / La chica del cuento. Manuel Lacarta.....	14
<b>POESÍA</b> / Pan. Roberto M. Ballarín .....	15
<b>POESÍA</b> / Zipi y Zape son testigos / Hoy es siempre todavía. Cecilio Olivero Muñoz .....	16-17
<b>POESÍA</b> / Indicios de vacuidad. Cecilio Olivero Muñoz.....	18
<b>POESÍA</b> / Sutileza. Bertha Caridad .....	18
<b>POESÍA</b> / En el huerto. Cecilio Olivero Muñoz .....	19



Por JAH  
*JUAN GÓMEZ BÁRCENA*  
*Abril o nunca*  
Seix Barral, 2026

La salvación no siempre nos espera en línea recta. Sin duda, es una de las conclusiones de esta novela. A menudo los procesos emocionales requieren de recovecos, curvas, vueltas atrás y sobre todo de una enorme necesidad de vaciarse para recomenzar. Sobre todo, cuando la culpa hace acto de presencia y añade más desolación a la tragedia, al duelo, al dolor.

De esto trata esta novela, de un proceso que ha de seguir su protagonista, Daniel, ante el hecho trágico que le enfrenta a la vida de un modo brutal. Haría lo que fuera por volver atrás, por recuperar a su hija, incluido una lucha contra el tiempo y lo real. Es la trama del relato, un proceso emocional que pasa por diversas fases, que se impone como una obsesión circular, con una necesidad imperante de reconocer lo ocurrido, para sí y para los demás, a pesar de que la toma de conciencia no es fácil, le ocurre a él lo que a cualquiera, que a menudo nos supera la realidad y tendemos al fingimiento.

Vemos así varias etapas, un vínculo difícil con el tiempo, con el recuerdo o el olvido, a veces no es posible para el protagonista decantarse por uno o por otro, sin que tengamos claro si es una reacción o una necesidad. No llegamos a saber si percibe Daniel que hay que afrontar la realidad y recomenzar. Pero qué duda cabe que todo comienzo entraña un espejismo ante el cual se im-

pone el vértigo y en consecuencia la tentación de recrear lo real es toda una tentación.

De este modo, quien ose entrar en esta novela va a ser testigo de una lucha interior voraz. Y a todas luces Juan Gómez Bárcenas es, una vez más, brillante a la hora de presentarnos los hechos. Porque no es el tiempo el que los atraviesa, sino que es el proceso emocional de Daniel quien lo ocupa todo, el tiempo incluido. Hay que recordar que una de las características de este autor es trastocar por completo los límites de la novela, enmaraña todo orden o lógica del relato, algo muy presente en todos sus textos, y siempre con resultados más que notables.

De este modo, cualquiera de sus novelas, esta misma recién editada, no sólo nos enfrenta a una historia, a unos hechos que no dejan indiferentes, es también toda una experiencia para quien guste de la experimentación literaria.

Lo consigue además con los temas sempiternos: la vida, el recuerdo, la tragedia, el amor, el tiempo, la culpa, las relaciones. Quien conozca la obra de Gómez Bárcenas, sabrá que disfrutará de la novela. Quien no, va a ser una buena oportunidad de introducirse en un autor que nunca decepciona y siempre asume retos literarios osados, lo que siempre es de agradecer.



Por Juan A. Herdi

# Peligro

Era un tipo listo, *el Marqués*. Ya le llamaban así cuando lo conocí y el apodo le venía que ni pintado: a pesar de su juventud, tenía un porte señorial, aristocrático, hablaba con corrección y vestía siempre de punta en blanco...

—No tengo que disfrazarme de revolucionario para serlo -repetía cuando alguien le miraba algo raro por ese estilo suyo tan peculiar en aquellos años setenta de rebelión y florituras.

..., lo que a menudo le evitaba problemas, la policía ni se acercaba a él cuando tenían noticias de alguna manifestación convocada en el centro o en la zona universitaria y entonces las esquinas se llenaban de secretas, siempre reconocibles por sus gabardinas y sus sombreros, vestimenta a todas luces desfasada en aquella década recién iniciada, más propia de los cincuenta o de las películas policiacas en blanco y negro. Tampoco disimulaban con sus gestos y cuando te pedían la documentación, para amedrentarte todavía más, se abrían la gabardina al acercársete, apenas un poco, lo suficiente para dejar ver la pistola a un lado, a la altura de la cadera, y la placa en el cinturón. A él nunca se la pedían, le dejaban pasar sin molestarle, no fuera un marqués de los de verdad, de los de piso enorme en algún barrio bien y palacete en la Costa Brava, con una madre amiga de Doña Carmen Polo y padre conocido del gobernador provincial a los que podían llamar si los policías se equivocaban, era la fórmula habitual, «se han equivocado», y se llevaban al vástago a comisaría. Más de un susto se había llevado algún comisario con alguna de esas llamadas repentinas desde altas instancias interesándose por algunos de los de pantalón vaquero desarrapado y camisa de colores.

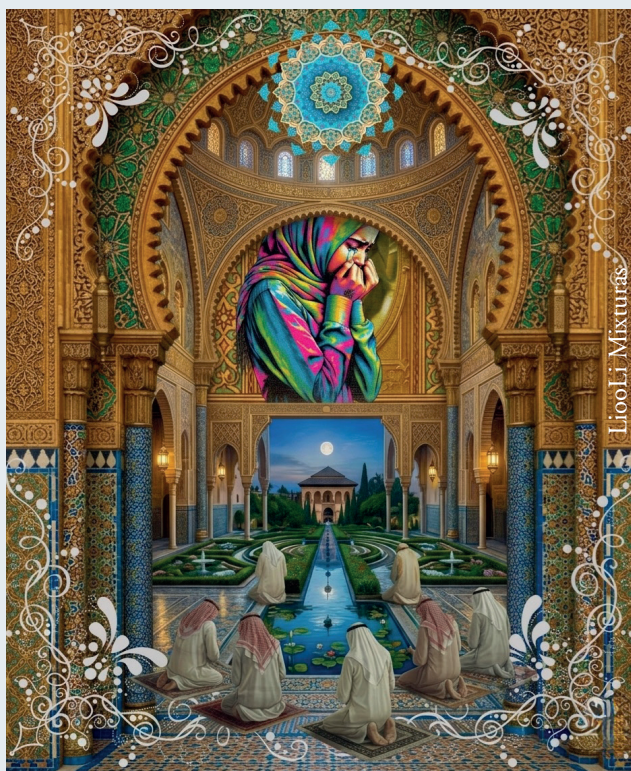
Así que a él mejor ni acercarse, debían de pensar los agentes, que siempre pagaban el pato tras

una de aquellas llamadas intempestivas.

Cuando tuve la certeza de que marchaba a Barcelona a dar clases de literatura y de latín y griego en un colegio al que me había recomendado un profesor oriundo de aquella ciudad, preguntamos a Miguel si tenía allí algún contacto. Miguel, al que llamábamos *el decano*, no estábamos tampoco nosotros carentes de ironía al apodar a alguien, era el militante más avezado y más mayor que conocíamos, fue joven cuando estalló la guerra y años después, en la clandestinidad más absoluta, había comenzado a reconstruir el POUM en Madrid, conocía por tanto a mucha gente y fue así como me habló de él y de su organización.

—Llámalo, es de confianza.

Constituíamos nosotros apenas un grupito de universitarios con ansias de revuelta, pero sin mucha idea de lo qué hacer, aislados además porque nadie sabía cómo catalogarnos. Para los



LiooLi Mixture

PELIGRO

marxistas leninistas éramos trotskistas; para los trotskistas, anarquistas; y para los anarquistas, comunistas. Sólo Miguel y sus camaradas nos hacían algo de caso, lo que nos emocionaba porque suponía un reconocimiento de quienes lucharon con ahínco en tiempos más difíciles todavía. Al menos sabéis de libros, nos decían, no sin ironía, cuando les comentábamos que nosotros éramos unos flojos en comparación. Ahora, con mi traslado, teníamos la posibilidad de expandirnos fuera de Madrid y ampliar vínculos con otros focos de rebeldía.

Miguel me aportó más datos de aquel grupo catalán, Acción Comunista se hacían llamar, más de vuestra cuerda que de la nuestra, comentó. Así que nada más llegar a Barcelona le llamé. Me citó a la salida de una estación de metro con el nombre sonoro del barrio en el que estaba, Campo del Arpa. Acostumbrado a la férrea disciplina de la clandestinidad madrileña, llegué con tiempo suficiente para darme una vuelta por las calles próximas y estar a la hora exacta otra vez junto al metro. Dudé por un momento que fuera él con quien me había citado, pero, tal como acordamos, llevaba bien visible un ejemplar de *El Correo Catalán*.

Se acercó a mí y sonrió con amplitud, como si nos conociéramos de toda la vida, dijo mi nombre y yo le confirmé que era yo.

—Todo un placer.

Nos estrechamos la mano y luego me sugirió un café próximo, en el corazón de aquel barrio de nombre sonoro.

—Es porque hubo una fábrica de pianos -me aclaró mientras nos encaminábamos al local.

Eligió bien el bar, estaba vacío, nos sentamos a una mesa apartada, junto a un ventanal, y el camarero volvió a un lado de la barra a seguir su lectura de un diario deportivo. Se interesó por el colegio en el que yo trabajaría, me preguntó por Miguel y *sus socios*, sonrió mientras yo le contaba sobre ellos, son el vínculo con el pasado, afirmó solemne, y luego comenzó a hablarme de la organización. Somos pocos, me dijo, pero estamos en toda la ciudad y el extrarradio.

—Militantes de clase obrera -añadió, no sin orgullo, no sé si también con cierto retintín hacia mi grupo, formado por universitarios.

Me aclaró sin embargo que no había reparos en que nosotros lo fuéramos. Todos somos necesarios, afirmó rotundo.

—Te presentaré a los de Barcelona y, poco a poco, a los demás.

Eso significó que había pasado el primer filtro. No supe en aquel momento que él ya había hablado con Miguel.

Me preguntó antes de despedirnos dónde me alojaba. Le dije que estaba en una pensión y que buscaba un piso pequeño para alquilar. En un barrio de clase obrera, le aclaré. Sonrió, algo socarrón. Me habló de un piso de la familia de un compañero. En este mismo barrio, me dijo, ya que te gusta el nombre. Se lo agradecí.

—Qué menos.

Me adapté rápido al ritmo de la ciudad. También al del grupo. Me acogieron bien y muy pronto actuaba ya con absoluta normalidad, conociendo todas las claves de una ciudad tan distinta a Madrid. En cuanto a la organización, al igual que la mía también estaba muy aislada de las plataformas democráticas al uso. Donde nosotros hablábamos de la autonomía obrera para la transformación socialista de la sociedad, ellos rechazaban la participación en los marcos unitarios porque suponía una mera colaboración de clase y el sometimiento a la burguesía.

Me di cuenta de que *El Marqués*, a pesar de su aspecto aristocrático, era un revolucionario convencido y brillante. Contra lo que se podía pensar, no era en absoluto un hijo de burgueses reconvertido a revolucionario, al contrario, su padre trabajaba de contable en una pequeña empresa del Pueblo Nuevo y su madre era costurera. De él heredó el gusto por la lectura y la manía de cuestionarlo todo. De ella procedía el gusto por el vestir bien. Me contó que no pocas veces le utilizaba de maniquí y se probaba la ropa que componía para algunas marcas del sector. Muchas veces pensó en dedicarse a algo de la moda, pero al final se preparó para un puesto técnico.



—Tenía prisa por entrar en una fábrica. Durante unos meses militó en la Juventud Comunista. Ya sabes, todo muy vertical. Un compañero de estudios le pasó unos libros de Rosa Luxemburgo y de Antón Pannekoek. Las estanterías más ocultas de algunas librerías comenzaban a estar repletos de textos críticos, toda una ventana abierta al mundo que ansiábamos y que la censura ya era incapaz de frenar. No tardó mucho en abandonar el Partido Comunista y comenzó a reunirse con un pequeño núcleo que se había agrandado en los últimos meses, en medio de todo aquel batiburrillo de siglas activas en la ciudad. En nuestros paseos por el Clot o San Martín hablamos largo y tendido de cómo avanzar.

A pesar del clima de optimismo general, la dictadura iba a caer más pronto que tarde, aunque fuese por agotamiento, y aunque hubiera mucha movilización en las fábricas y en los barrios, sabíamos sin embargo que desde arriba se estaban decidiendo muchas cosas. Demasiadas. A espaldas de los trabajadores, comentó como un reproche. ¿Pero qué podíamos hacer? Somos una gota de agua, no tenemos medios, se quejaba con amargura, ni dinero. De hecho, durante esos primeros meses de militancia con ellos, el dinero pasó a ser tema de discusión constante. Si queríamos dar un salto cualitativo, no bastaba la mera voluntad, necesitábamos medios para carteles, publicaciones, viajes,



estaban también los compañeros sin trabajo que no conseguían empleo porque empezaban a ser conocidos por su activismo, había listas negras que se distribuían por las empresas, y la idea era mantenerlos, crear una caja de resistencia que les permitiera dedicarse a la organización, aprovechar que tenían tiempo. Pero cómo conseguir ese dinero.

Un viernes por la noche, a mediados de mayo, *El Marqués* me dijo de quedar a media tarde del día siguiente. Creo que he encontrado un remedio al problema del dinero, me anunció. Notó que mi silencio guardaba en gran medida una pregunta. Mañana te cuento, añadió. No quise que me dejara en ascuas, pero no tuve tiempo de saber más: saltó al autobús recién detenido frente a la marquesina, te paso a buscar a las cinco, me gritó, y lo vi desaparecer tras una esquina.

Llegó puntual a casa. Ponte calzado cómodo, me dijo, vamos a andar largo y tendido. ¿Hacia dónde? Ya verás, me contestó. No me hacía gracia tanto misterio, pero me lo callé. Comenzamos a caminar hacia el norte de la ciudad. A veces, torcíamos hacia la derecha, como si fuéramos hacia el mar. Pronto fuimos dejando las casas para entrar en una zona de fábrica, tinglados y talleres. Como era sábado, había poco movimiento, apenas unas camionetas circulaban por las calles. Tomamos la Avenida Francisco Franco, que los barceloneses seguían llamando la Diagonal, y torcimos hacia la izquierda. Nos desviamos por una calle y al fondo vi los bloques de casas. Es La Mina, me anunció *El Marqués*. Yo conocía el barrio de oídas. Lo habían construido apenas un par de años antes y se había ganado fama de peligroso. El régimen es poco dado a mostrar sus harapos, me contó entonces, como si fuera un guía turístico que destripa la intrahistoria de la ciudad, pero de ahí salen algunas bandas de tironeros que apenas han cumplido los quince años. Me pregunté en ese instante cuándo tiempo tardaríamos en ser víctimas de aquella muchachada. Cantábamos como almejas y dudé que saliéramos de ahí con toda nuestra integridad física plena y nuestras carteras en el

bolsillo. Quise preguntarle si estaba seguro de lo que hacía, pero preferí no mostrarme cobarde. Opté por sonsacarle cómo íbamos a obtener de ese barrio solución a nuestros problemas de dinero. Me miró irónico. Esos *quinquis* nos van a ayudar, dijo. Nunca había escuchado esa palabra, pero a todas luces me temí lo peor.

Recorrimos varias calles desoladas, sin tiendas ni bares, con muebles abandonados en la acera y coches reventados. Llegamos a lo que se concibió seguramente como un paseo peatonal, pero mostraba la misma decadencia que ya habíamos contemplado. Los bloques, nuevos, exhibían en sus fachadas desgarrones y humedades, algunas ventanas estaban rotas y había basura en los rincones. Ahí se concentraban algunos pocos bares de aspecto sombrío y con hombres en su interior que parecían ajenos a lo que les rodeaba. Varios tipos estaban fuera, sentados alrededor de mesas de aluminio dispersas sobre las que había botellines de cerveza y ceniceros repletos de colillas. Se nos quedaron mirando en cuando asomamos por la esquina y avanzamos por aquella calle. *El Marqués*, a todas luces, parecía saber a quién dirigirse, mientras que yo seguía temiendo lo que vaticinaba todo el rato que iba a ocurrir. Nos detuvimos ante una mesa con cuatro chavales a su alrededor. Tendrían poco más de quince años, aunque era difícil saberlo, su aspecto bronco y descuidado hacía imposible el cálculo.

—¿Cuál de vosotros es *el Canillas*?

Parecía muy seguro, *El Marqués*, sin ese atisbo de temor que yo intentaba disimular, no sin esfuerzo. Que no se te note el miedo, me había aconsejado cuando entramos en el barrio.

—¿Quién lo pregunta?

*El Marqués* se dirigió al chavo que hizo la pregunta. Era de piel clara, pelo hasta el hombro y mirada retadora. Le dijo que el Tío Emiliano le había hablado de él. El muchacho pareció entonces relajar su semblante tosco y sonrió levemente. Surtió efecto, sin duda, porque *El Canillas*, con un gesto, ordenó que nos trajeran dos sillas.

—Sentaos.



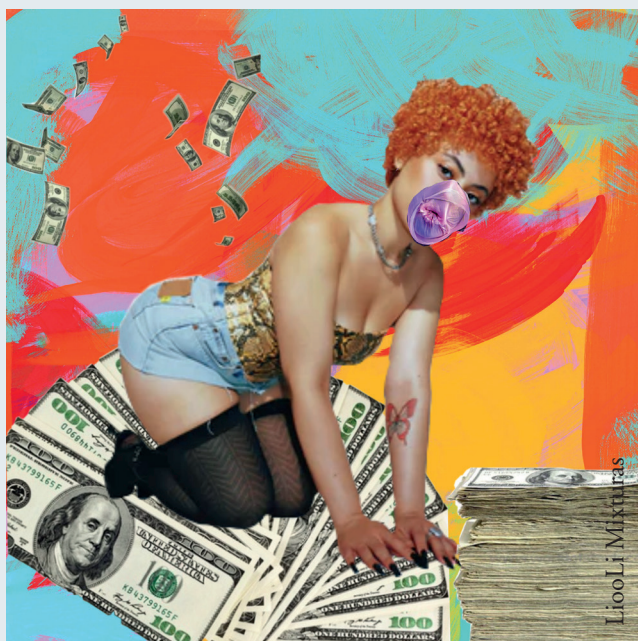
Entonces *El Marqués*, convencido de que la sinceridad era la mejor estrategia, le contó que éramos unos revolucionarios que necesitaban dinero y barajábamos atracar bancos, expropiarlos, diría dos días después cuando presentó el plan al grupo, para recaudar pasta, por eso estaba ahí, para hablar con los que sabían. *El Canillas* se rio entonces, qué fuerte, dijo entre risas y sus colegas se rieron a su vez, qué queréis, unas clases como las del colegio. *El Marqués* le dijo que lo que quería es estar él con ellos las dos próximas veces que robaran un banco, entrar con ellos y participar como uno más, sin necesidad de que le diesen su parte del botín.

—Con esas pintas... Te pillan al instante.

—Cambiaré de ropa, no te preocupes.

*El Canillas* lo miró entonces serio. Está bien, dijo. Así de fácil, pensé sorprendido. Me miró. Y tu colega también vendrá con nosotros, preguntó. En ese instante, todo el miedo debió de ser evidente en mi rostro. No, él sólo ha venido a acompañarme hoy.

No le costó convencernos de la viabilidad del plan, a pesar de todos nuestros reparos, aquel grupo de quinquis le podían delatar, le detendrían en los atracos, le pegarían un tiro. No pasará nada, afirmó *El Marqués*, hay que confiar en la clase trabajadora, incluso en el lumpenproletariado. Mostró una convicción firme contra la que no podíamos alegar nada.



Los dos atracos salieron de fábula. Además, los chicos lo integraron a la perfección, *El Marqués* poseía una enorme capacidad de adaptación y resistencia, saltaba a la vista, e incluso participó con ellos en dos atracos más, esta vez vamos a medias, le dijeron, nuestra contribución a vuestra revolución. Volvimos a su barrio a celebrar los éxitos, hasta *el Canillas* parecía a punto de cantar la Internacional. Después *El Marqués* montó un grupo con Carlos y Miguel, con el apoyo de Laura, que era una conductora avezada. Todos se atrevieron a dar ese paso sin ninguna duda. Yo ni me lo planteé, fui consciente de mis limitaciones y el miedo a jugarme el tipo, descubrí, era una de ellas. Bastante tenía con la clandestinidad. Realizaron tres atracos, en el Ensanche, en Sants y Hospitalet. Fueron dos años de pasión, alegría y activismo feroz. Bárbaro, así lo calificó *El Marqués*, con un optimismo ilimitado. Íbamos a asaltar el cielo, estábamos convencidos. Pero murió el dictador y, como habíamos presagiado a menudo, todo estuvo pactado de antemano.

Volví a Madrid con la sensación de haber vivido casi tres años emocionantes. Hablé con *El Marqués* varias veces por teléfono. Mi pesimismo fue creciendo en aquellos años de transición y su optimismo decayó en paralelo. Disolvimos nuestros grupos respectivos ya entrados los ochenta, nada tenía sentido en aquel momento. Sin embargo, sentía nostalgia de aquel tiempo y muchas veces me acordé de esa excursión a La Mina. La recordé un mediodía cuando reconocí al *Canillas* en un telediario, había muerto en un rifirrafe con la policía, en un polígono barcelonés. Me comentó *El Marqués* poco después, una de las últimas veces que hablé con él, que ya estaba enfermo y que aquel incidente pudo estar preparado, de forma consciente se había quedado rezagado para enfrentarse a los agentes y dejar escapar a sus colegas. No pude menos que sentir escalofríos mientras me lo contaba, como si de pronto me diera cuenta de que el peligro era lo que daba sentido a la vida.



Por Roberto M. Ballarín

# Los relojes parados

En la última casa del pueblo, junto al mar, vivía un relojero. Su taller estaba lleno de todo tipo de relojes. Los había de péndulo mecánico, de agua y de arena —arena de todos los colores imaginables: púrpura, plateada, incluso azul índigo—. También tenía unos exhaustos relojes de sol apoyados contra las paredes, como girasoles cansados. Cada mañana, el

hombre abría las ventanas para escuchar el rumor del mar mientras limpiaba el salitre de las piezas de latón o aceitaba los engranajes con un cuentagotas.

Le gustaba el trato con las personas porque cada cliente encerraba una historia. Aunque él apenas salía de su casa y nunca abandonaba la isla, el mundo entero terminaba desfilando por su taller. Un marinero trajo una vez un reloj de arena detenido a la mitad de su caída, atascado en un sutil equilibrio; una mujer embarazada le mostró un reloj de bolsillo que latía con prisa, contagiado de una dulce ansiedad; un viejo pescador encontró un reloj sin agujas en la bajamar y preguntó, casi avergonzado, si aún le quedaría algo de tiempo adentro. Por supuesto, se decía entonces el relojero; que los ojos no puedan ver el giro de las agujas no significa que el tiempo no esté ahí.

El relojero los reparaba uno a uno, sincronizando sus engranajes con el rumor del oleaje antes de darles cuerda. Y, cada vez que un mecanismo volvía a latir, algo curioso sucedía en la isla: alguien recuperaba una tonada de la infancia, regresaba de golpe el aroma de una casa demolida o dos hermanos dejaban de odiarse sin saber por qué.



Una noche llegó una niña arrastrando un pequeño reloj de luna. —No funciona bien —susurró, con los ojos tristes. El relojero lo examinó con curiosidad. Comprobó que la luz de la noche caía pálida y algo torcida sobre el cuadrante, como si el propio cielo estuviese herido. —No será fácil —murmuró en voz baja—. Este tipo de relojes son muy esquivos.

Aun así, decidió aceptar el desafío. Durante semanas, trabajó bajo el amparo de las estrellas. Limpió la herrumbre del gnomon, limpió la suciedad de las líneas que convergían en el vértice y buscó la perspectiva exacta para recuperar el ángulo de los astros. Evitó el ramaje de los árboles, burló la sombra de los muros y esperó, noche tras noche, el milagro de un cielo despejado. Pero el reloj seguía mudo.

—A ver si va a ser la luna... —se dijo para sí. Y, en efecto, bastó con que exhalase su vaho sobre el cielo y la frotara con un paño para que la luna comenzase a recuperar su lumbre, que derramó sobre el mar.

En el reloj, la sombra de la varilla volvió a proyectarse recta y nítida sobre las líneas horarias y sus cifras. El artefacto recuperó su pulso. Cuando lo vio, la niña abrió una sonrisa como quien recuerda un nombre olvidado. Tomó después su reloj y se alejó por el sendero.

El viejo se quedó solo, contemplando la luna cabrilleando sobre el mar. Sintió entonces el acostumbrado eco tras cada reparación. Era una certeza lenta y profunda, como la marea que regresa siempre a la costa.

Porque el tiempo perdido nunca desaparece. Tan solo aguarda.



## Alquimia

Buscas origen al deseo  
que un día abrasó tus entrañas.  
Lo contemplas al trasluz  
y en bruma se deshilacha,  
como el conocimiento en desuso.

Con gusto te brindo  
consejos que no poseo:  
baja la escalera al sótano  
tan poblado de probetas,  
muele el ansia en un mortero  
entre almizcles,  
destíllalo en el alambique  
de las pócimas.  
Remedios que no curan.

Nacieron antes de su piel  
y de su risa,  
elementos ínfimos del instante.

Y si la advertencia no bastara,  
deja que te ofrezca mi verdad:  
encontrarás nuevos anhelos,  
enredados  
en el claroscuro de su luz.

---

## Frustración

He de matar al leviatán bicéfalo;  
me incita a la escritura sin tener nada  
pero nada  
que decir.

El monstruo me ordena  
seguir a un líder que,  
como todos los del mundo,  
no está dispuesto a hacer  
lo que con saña exige.

No hables de violencia de género,  
mortaja con nombre y apellidos,  
otra cifra en diarios y noticias,  
otra vida rota, amistad herida,  
sepelio de familia.

Que olvide el ayer  
para enfangar de nuevo el futuro  
con la sangre juvenil,  
porque la memoria histórica  
olvida aquellas hogueras  
de libros que arden.

¿De qué sirve el tintero,  
siempre lleno del barro ilustre  
de los padres de la patria,  
de la odiosa indulgencia  
de los que se creen justos?

Aparto a un lado la pluma  
y dejo el papel manchado  
con el germen de mi rebelión.

## Imposible saber de quién son esas manos

Imposible saber de quién son esas manos,  
dónde estuvieron antes de estar ahora  
quietas, inmóviles, como acaparando para sí  
todo el silencio o a la espera de alguien  
que venga, las mire, las vea, junte sus manos  
con estas manos, sus dedos: finos, perfectos;  
las uñas de nácar. Imposible, sí, tocar  
sin acariciar estas manos; verlas  
y no querer ser reconocido, recordado  
por ellas, dormirse en su suavidad

sin asperezas, sin contrastes ni frío  
que nos aparten súbito de esas manos.  
Imposible no querer que nos quieran,  
nos busquen, nos halaguen, dibujen  
para nosotros campos con árboles, ríos,  
la inmensidad de una playa sin nadie;  
detengan el tiempo en nuestras mejillas,  
simplemente al tocarnos, esas manos.

(De *El tipo del espejo*, 2010)

## La chica del cuento

Ella era Caperucita Roja vistiendo la seda  
De un pijama blanco, algo más baja, sí,  
Que la muchacha del cuento y más menuda  
Su silueta. A ti te gustaba acariciarla  
Entre la ropa y poner orden en el desorden  
de los rizos de su pelo. Ella era rubia,  
enteramente rubia, casi albina; una mezcla  
curiosa de chiquilla y de mujer perfecta  
con largas piernas, los ojos claros y esa  
melena dorada como el color del trigo  
cuando lo agita el viento. Tú desandabas  
el camino de tu vida para encontrarte  
entonces con ella, tocabas a todas  
las ventanas con los dedos para llamarla,  
dejabas mensajes de amor en los buzones  
de las casas y mensajes de socorro  
en el grito de las ambulancias y las UVI  
móviles.

Ella era quien sonríe en la foto de grupo  
de los cumpleaños, quien tecleaba  
torpemente en el ordenador su nombre,  
quien salía de casa todas las mañanas  
para ir al hospital y ponerse ropa de enfer-  
mera.

Pero, sobre todo, cuando te llegaron un día  
la vejez, los dolores y el insomnio, ella

era la chica del cuento que leíste una vez  
a una muchacha rubia en el banco de un  
parque.

(De *Margot en la Plaza de Castilla*, 2013)



## Pan

Lágrimas  
desmemoria  
tiempo  
ceniza.

Agua,  
levadura,  
sal  
y harina.

Con la vida no vivida  
se amasa la poesía.

Y sale un pan del horno  
que es dos veces vida.



## Zipi y Zape son testigos

De aquella curiosidad que tenías  
hacia mi cariño ciego e inocente  
Zipi y Zape son los únicos testigos,  
son testigos de todas esas veces  
que se me marchitó la sonrisa  
y de todas esas veces que dejé  
de ser un niño estando contigo,  
por culpa de tu corazón de hielo.

La luna se esfumó con su idea  
persistente de ser una incomprendida,  
yo me alejé del borde natural  
de tu sueño imposible; y los besos...¿?

¿Adónde andarán nuestros besos?

Quizá se volvieran locos como yo.

Zipi y Zape ahora son mayores,  
Zipi acabó en la maldita heroína  
y Zape bebe mucho y está divorciado,  
ellos son ahora dos tipos duros,  
aunque ellos todavía sueñan.

La vida es a veces tan difícil  
que parece obra de un dibujante loco;

pero ahí andamos, siempre adelante,  
es imposible evitar tal sufrimiento.

Zipi y Zape son testigos de todo,  
son testigos perfectos de que amé,  
son testigos de mi rendición absoluta,  
son testigos de que la vida cansa.  
Ellos vieron como fue mi derrota,  
ellos vieron mi debilidad hacia ti,  
me dieron mil consejos sobre ti  
pero fui tan sordo que no les hice caso.

Ahora nos reunimos los tres  
y vemos perplejos como nos asusta la vida,  
como nuestras llagas se endurecieron  
y como la soledad ha hecho tanta mella  
en nosotros, que ya, no nos asombra nada;  
nosotros, aquellos que fuimos un día tan felices...,

que ya no creemos en esas absurdas historias  
sobre la amistad eterna; es más,

[nos hacen reír]

a carcajadas hasta retorcernos de la risa.



## Hoy es siempre todavía

Los poetas somos amigos de las palabras vertidas todas sobre la verdad que nadie quiere. Tal vez un poeta dijera aquello de El poeta sabiéndolo o no está de parte del diablo, tal vez fuera Willian Blake, o no sé, un místico, un santo, un demonio con corazón blando. Pero los poetas somos amigos, en definitiva, de lo que nos conmueve, y lo que nos redime del sufrimiento. Ahí van las criaturas que saben de la noche y sus espejos, de la verdad atada a la constricción, para salvar a unos pocos, para darles aliento a los que se enajenan del mundo y sus cosas claras, sus latidos evidentes, sus palabras con bruma de antro. Ya que no son verdad. La poesía debiera ser asignatura obligatoria en la educación de las nuevas criaturas que viven a espaldas de todo y de nada un bosquejo de hermosura letra a letra. Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé, hay poetas, los mejores, que no despidiéndose de

la verdad acuden a nuestro corazón feble y nos ayudan a seguir vivos, a no marchitarnos, aunque el miedo prosiga. A seguir luchando con los pies en la tierra. Yo me he encontrado con la verdad del ser humano, pero me ha redimido la verdad de los/as poetas, certeras palabras que nos sujetan ante la locura, del salto al vacío en el abismo, de la precaria existencia. Un poeta es algo más que una ayuda. La literatura es más que un corazón consolado. Yo que no puedo eludir la mentira piadosa de los poetas malos, acudo siempre al flamenco, a Federico, a San Antonio Machado, a San César Vallejo y a otros tantos. Me consuela más un poemario fidedigno que un año de consulta en el psiquiatra. La poesía es un bien necesario para la mitad desolada de los que callan mirando un televisor, cuando saben, por demás ellos saben, que solo la poesía les dará consuelo.



## Indicios de vacuidad

Cómo me duelen mis poemas cada vez que los releo, pues me encuentro en las esquinas de cada palabra, cada verso, cada latido, y al corregir me encuentro a mí mismo como un aceite de arenque, que da arqueadas lisonjas a lo irredimible. Me causan un daño que me abandona a la desgana, me arrancan de lo ya vivido y del recuerdo que no quiero habitar, porque soy tan yo en mis poemas que me infestan los verbos prohibidos. Hubiese preferido ser otra cosa que un poeta, un poeta del que tengo el apóstrofe colgado en tantas y tantas quimeras por nombrar. Me hubiera gustado ser mejor amigo, ser mejor amante, ser poeta del que fluye fácil la lógica temprana, que puede ver en los ojos de una mirada todas las derrotas ajenas

e improbables, todos los designios fortuitos en un pestañeo. Quisiera adornar los poemas con mi sueños de luz de gas, de dulce clorhidrato de gaseosos tequeros en la emancipada rosa del amor. Cada vez que releo un poema mezclo lo ya vivido contra mi apetito por vivir. Me llenan de un tedio absorbente y caduco, como querer reemplazar una palabra por otra sin querer hacerle daño a nadie, pero me hago bicarbonato cada vez que los releo. Como si quisiera emanciparme de una rosa con espinas que como dientes afilados me hiere. Quisiera escaparme de este erial confuso donde hace tiempo que dejó de ser un jardín húmedo y fértil para convertirse en un anodino espejo poliédrico que solo luz refleja a veces.

### Poema de Bertha Caridad

## Sutileza

Con qué gentil sutileza se hizo...  
la oscuridad, cual avaricia,  
caricias en noches de tormentas,  
estallan mis venas  
me ahoga la tierra,  
al final del túnel  
sigo sin ver la luz  
miro y nada veo entre las malezas  
sigo de ingenua,  
¡Sin libertad y despierta!

sigo de ingenua,  
miro y nada veo entre las malezas  
sigo sin ver la luz  
al final del túnel  
me ahoga la tierra,  
estallan mis venas  
caricias en noches de tormentas,  
la oscuridad, cual avaricia,  
¡Con qué gentil sutileza se hizo...!

## En el huerto

Cavando bajo un sol  
te mirábamos los dos,  
mientras la tierra, toda tuya,  
la domabas dando bulla.

Eras sudor de estrella  
y eras la voluntad aquella  
que extrañaba vernos  
entre tomates y ajos tiernos.

Todo tú eras campesino,  
tu domingo era don divino,  
y entre semana era hierro  
tu labor de paz y encierro.  
Trabajador del sí rotundo,  
hombre fiel al viejo mundo,  
anhelas sólo lo tranquilo  
del laurel y el tilo.

Buscas la raíz del consuelo  
cuando cavas en el suelo,  
donde pisa la lombriz  
con toda tu verdad motriz.  
La acequia es tu gran obra  
que al momento y a su hora  
sigue el agua pertinaz  
ese rastro de antigua faz.

Tu hoz es enorme corazón  
que busca una razón  
donde se corta la mitad  
de esa luz en contrariedad.  
La cabaña es sombra vieja  
y tu mirar sin la queja  
corta la caña y con maña  
deshace telaraña y maraña.  
Agacha el lomo de hombre  
pues cosechas tu nombre  
entre la llaga y el callo,  
pues sigue tu mirar el rayo  
del sol que distraído  
encuentra en tu tierra ruido,  
con la entraña sumergida  
de tu carne morena sufrida.  
Eres campesino porque veo  
en tus ojos el pestañeo  
del escozor que da el sudor  
y te escuece aquel dolor  
que la tajada y el tajo sembró  
aunque tienes tornasol  
que en tus manos dice no  
cuando llora seco el sol.



[www.nevandoenlaguinea.com](http://www.nevandoenlaguinea.com)

**Revista literaria Digital Trimestral  
Nevando en la Guinea**



**[HTTP://www.nevandoenlaguinea.com](http://www.nevandoenlaguinea.com)**